

# EL POPULISMO AUTORITARIO COMO ESTRATEGIA NEOLIBERAL DE GESTIÓN DE LA CRISIS\*

*Authoritarian Populism as a Neoliberal Crisis Management Strategy*

ALEX DEMIROVIĆ\*\*

[demirovic@em.uni-frankfurt.de](mailto:demirovic@em.uni-frankfurt.de)

Fecha de recepción: 16 de mayo de 2018

Fecha de aceptación: 20 de junio de 2018

## RESUMEN

En esta contribución, el autor utiliza el término populismo autoritario acuñado por Stuart Hall y lo entiende como una forma particular de gestión de crisis neoliberal. Al igual que el thatcherismo que tenía en mente Hall, el populismo autoritario en el período actual es una política seguida por partes del bloque de poder. No contradice el neoliberalismo, sino que lo continúa por otros medios. Como en las fases anteriores de la política neoliberal, ya no se trata de una cuestión de hegemonía, sino de evitar concesiones a las clases dominadas.

*Palabras clave:* autoritarismo, neoliberalismo, hegemonía, populismo, extrema derecha, capitalismo, crisis.

## ABSTRACT

In this contribution, the author uses the term authoritarian populism coined by Stuart Hall and understands it as a particular form of neoliberal crisis management. Similar to the Thatcherism that Hall had in mind, today authoritarian populism is a policy pursued by parts of the power block. It does not contradict neoliberalism, but continues it by other means. As in the preceding phases of neoliberal politics, it is no longer a matter of hegemony, but of seeking to avoid concessions to the dominated classes.

---

\* Una versión anterior de este artículo apareció en la revista PROKLA, nº 190, Año 48, 2018/1, 27-42.

\*\* Fellow en el Institut für kritische Theorie (Berlin), preside el Consejo Asesor Científico de la Fundación Rosa Luxemburg.

Keywords: authoritarianism, neoliberalism, hegemony, populism, extreme right, capitalism, crisis.

## 1 EL FACTOR CESARISTA

En muchos países se observa un aumento del nacionalismo, el autoritarismo y el racismo y una amenaza al Estado de Derecho y la democracia. Significativamente, estos procesos a veces de gran alcance son ejecutados y representados por un populismo de derechas y autoritario y por sus representantes. El populismo autoritario a menudo determina la agenda política y propaga objetivos políticos nacional-conservadores, racistas-etnocéntricos y estatistas-autoritarios. Algunos comentaristas consideran que este populismo es una “marea” que amenaza la integración de las sociedades pluralistas y la estabilidad de la democracia en todo el mundo, incluso en Europa, y que debe ser frenada<sup>1</sup>. La sugerente imagen insinúa que la democracia se ve amenazada de manera repentina y externa. Sin embargo, tal análisis es engañoso y demasiado ingenuo. Porque el populismo no es un fenómeno que solo se puede observar en los márgenes de la democracia o que viene de allí para penetrar en el centro. Surge claramente de la sociedad en su totalidad<sup>2</sup>.

La dinámica política no depende, o no principalmente, de las actitudes de la población, que son aglutinadas y movilizadas por los partidos de derechas y populistas. Estas actitudes y patrones ideológicos han existido durante mucho tiempo, aunque pueden cambiar su forma y su vinculación y pasar por diferentes ciclos. Además, los partidos que se apoyan en estas actitudes, las promueven y fortalecen, las movilizan u organizan, a menudo no son nuevos. Sin embargo, hay cambios significativos en los partidos políticos y su relación entre sí. En algunos casos, hay desplazamientos y un partido ya existente se orienta hacia la derecha (Partido Republicano en los Estados Unidos) o se vuelve más cauteloso y táctico (Frente Nacional, Alleanza Nazionale, FPÖ). En otros casos, los nombres cambian y, en cierta medida, los objetivos (la evolución de la Lega Lombarda a la Lega Nord y, más recientemente, a la Lega). En un tercer lugar, se crean partidos para facilitar la

<sup>1</sup> Thomas MEYER, “Editorial”, en *Neue Gesellschaft I Frankfurter Hefte* 63/5, 2017, pág. 1.

<sup>2</sup> Oliver DECKER, Johannes KIESS, Elmar BRÄHLER (eds.), *Die enthemmte Mitte. Autoritäre und rechts-extreme Einstellungen in Deutschland*, Gießen: Psychosozial-Verlag, 2016.

recomposición y para tener más éxito táctico o estratégico (los diversos partidos de Berlusconi). En cuarto, finalmente, se crean nuevos partidos (el movimiento de Cinco Estrellas de Grillo). En Alemania, existe una cierta continuidad de esta tendencia social o partido en sentido amplio, aunque tome la forma de varias organizaciones y su composición cambie una y otra vez: partes de la Unión Cristiano Demócrata (CDU) y especialmente la Unión Social Cristiana (CSU) y el Partido Nacional Demócrata de Alemania (NPD), la Unión del Pueblo Alemán (DVU), Republicanos, Partido de Schill o el Movimiento Cívico Pro Colonia y desde 2013 la Alternativa por Alemania (AfD). Aparentemente, sin embargo, estos partidos no lograron vincular de manera permanente y aumentar esa parte de la población que puede ser caracterizada como autoritaria. Además de la CDU/CSU, hasta el momento solo han podido ingresar a los parlamentos de los Lander por un corto tiempo o en el Parlamento Europeo. Ninguno ha llegado al Parlamento Federal antes de la AfD.

Desde hace algún tiempo se observa una crisis de representación. Lo nuevo es que aparentemente se está estableciendo una nueva relación de representación. Los partidos dominantes, que organizan los principales campos políticos, y a menudo según un vago esquema de izquierda-derecha, tienen mucho menos éxito en la organización y vinculación del electorado. El comportamiento del voto o los índices de aprobación de los líderes políticos son más abiertos, cortoplacistas y volátiles<sup>3</sup>. Los partidos populistas autoritarios tienen cada vez más éxito a la hora de movilizar y organizar el estado de ánimo crítico contra el bloque de poder como un talante de resentimiento frente a “los de arriba”: “que hacen lo que quieren”. Influyen en la agenda política por medio del racismo y el nacionalismo o participan con éxito en elecciones desde el nivel comunal al europeo, reclaman liderazgo político, operan una reordenación de las fuerzas políticas y cambian las relaciones de poder entre las clases sociales. Se benefician de una tendencia a la polarización en el bloque de poder y en la población y, al mismo tiempo, la refuerzan. En las elecciones de presidentes y parlamentos o en los referendos contribuyen a crear situaciones de indecisión y bloqueo. En estas constelaciones se encuentran enfrentados dos grandes campos políticos y son mayorías exiguas, a menudo azarosas, las que deciden hacia un lado u otro. Esto se observó en Austria, Francia,

<sup>3</sup> Cf. Horst KAHRS, “Die Landtagswahlen 2014-2017: Bewegung und Stabilität in den regionalen Parteisystemen und das Wahlverhalten von Arbeitern”, *Arbeitspapier 2*, Berlin: Rosa Luxemburg-Stiftung, Julio 2017.

España, Estados Unidos, la República Checa, el Reino Unido en la decisión de Brexit, en Escocia y en Cataluña en los referendos de independencia. La formación de gobierno puede resultar difícil (España, Bélgica, Alemania, República Checa). En Grecia, Francia, España, Italia, Alemania y Austria los partidos socialdemócratas han sufrido amargas derrotas, los partidos liberales en países como Hungría, República Checa y Polonia. En algunos casos, se debilitan considerablemente como organizaciones de partido y desaparecen de la escena política. Incluso los partidos mismos están atravesados por estas situaciones de bloqueo. Esto motiva a las fuerzas sociales a formarse al margen de la organización del partido ya establecida y quizás incluso a apoderarse de ella (Sanders, Trump, Corbyn, Kurz) o a tratar de dejar atrás las líneas de conflicto ya fijadas y formar un nuevo partido cuasi suprapartidista (Podemos, Cinque Stelle, LaREM, La France Insoumise).

En esta constelación, que se describe como de bloqueo, parálisis, estancamiento y negación de la política, las fuerzas se muestran incapaces de cambiar a largo plazo el equilibrio de poder en una u otra dirección. Por tanto, hay una crisis de representación. Gramsci veía estas situaciones como una crisis de hegemonía<sup>4</sup>.

El populismo autoritario puede entenderse como un intento por parte de la burguesía de alterar el equilibrio de fuerzas en una fase en la que se produce una crisis de representación y en la que, a diferencia de lo que esperaba Gramsci, las fuerzas políticas tradicionales no son capaces de imponer una decisión en una u otra dirección. Partes de la burguesía están insatisfechas con la política del gobierno. Se produce una auto-escisión del campo burgués. Para tener éxito, no solo critican las políticas dominantes dentro del bloque de poder, sino que se apoyan en el descontento de los subalternos contra “los de arriba” y movilizan contra la clase política, aunque ellos mismos pertenezcan a la clase burguesa y participen en la dirección de los asuntos políticos (ricos como Blocher, Berlusconi, Trump, Le Pen, Farage, Babiš o personal político como Orban, Grillo, Konrad Adam, Köppel, Gauland, Haider, Strache). Stuart Hall desarrolló la noción de populismo autoritario para caracterizar la coyuntura histórica de finales de los años 70, cuando la crisis condujo a la izquierda y también a la derecha a sobrepasar un punto muerto. En una constelación de equilibrio tan inestable, en la que también hay una crisis de hegemonía, las fuerzas se reagruparon: por un lado, quienes estaban a fa-

---

<sup>4</sup> Cf. un análisis referido al Front National en Felix SYROVATKA, “Der Aufstieg der Madame Le Pen. Die Strategie der Front National im Europawahlkampf 2014”, *PROKLA* 45/3, 2015, págs. 387-408.

vor de profundizar la vida democrática y expandir la lucha popular-democrática; por otro lado, la clase dominante se enfrentaba a la tarea política de preservar la integridad del Estado. Tal estrategia transformadora exigía de las derechas renovarse, reagrupar sus fuerzas y producir un nuevo equilibrio. Según Hall<sup>5</sup>, la derecha sabría que en un proceso de restauración/revolución el campo estratégico de la lucha es la democracia y perseguiría una política de democracia populista caracterizada por elementos de un autoritarismo solapado y un consenso popular pasivo. Entre los rasgos esenciales de esta movilización populista se encuentra los pánicos morales instigados por una variedad de temas. Aquí se incluyen temas como la seguridad y el orden, la inmigración y la liberalización sexual. En contraste con esto, la izquierda debería seguir una estrategia democrática popular que fuese más amplia que la oposición de clase contra clase y que separara y movilizara las fuerzas a lo largo de las contradicciones entre bloque de poder/pueblo, ricos/pobres, opresores/oprimidos, explotadores/explotados, antiguo/nuevo.

El análisis de Hall<sup>6</sup> sigue la distinción gramsciana entre hegemonía y coerción. El populismo autoritario de Thatcher, por lo tanto, representaría una crisis de hegemonía. No es hegemónico, sino dominante; debido a que no habría podido dirigir y manejar los problemas del país, tuvo que ejercer la coerción. Sin embargo, a largo plazo, habría sido capaz de cambiar el equilibrio de poder hacia la derecha. Muchas de las reflexiones de Hall continúan siendo un importante punto de referencia para un análisis de los desarrollos recientes. Pero el esquema teórico de la hegemonía o, en su caso, de crisis de hegemonía y coerción, parece demasiado estrecho. En contraste con esto, sostengo que la reorganización neoliberal de la reproducción capitalista no está dirigida a la hegemonía y que, por esa razón, tampoco la hegemonía está en crisis. Según Gramsci, la hegemonía debe basarse en concesiones de la clase dominante. Tras una fase que Nancy Fraser denomina eufemísticamente “neoliberalismo progresivo”, la política neoliberal se prosigue de manera autoritaria-populista en un grado ampliado. Esto se caracteriza una intensificación de la explotación de los asalariados y por una mayor división económica, política e ideológica de las clases subalternas. En la crisis, el populismo autoritario de la clase burguesa permite incluir también grupos abiertamente criminales y fascistas y apoyarse directamente en partes de las clases subalternas para bloquear la

<sup>5</sup> Stuart HALL, “Populär-demokratischer oder autoritärer Populismus”, en Id., *Populismus, Hegemonie, Globalisierung* (Ausgewählte Schriften 5), Hamburg: Argument-Verlag, 2014, pág. 104.

<sup>6</sup> Stuart HALL, “Die Bedeutung des autoritären Populismus für den Thatcherismus”, en Id., *Populismus, Hegemonie, Globalisierung*, op. cit., pág. 126.

solución de los grandes problemas sociales y transformar al mismo tiempo la situación a su favor sin tener que hacer concesiones.

## 2 TRES FASES DE LA ESTRATEGIA DE REORGANIZACIÓN NEOLIBERAL

Aunque a veces se argumenta que con esta política de derechas, autoritaria y populista ha llegado a su final el período neoliberal<sup>7</sup>, quiero defender el argumento de que se trata más bien de una continuación de las prácticas neoliberales del gobierno burgués. El populismo autoritario representa la tercera fase del neoliberalismo. Me gustaría resumirlo en pocas palabras y me apoyo para ello en Jamie Peck y Adam Tickell<sup>8</sup>. La primera fase puede definirse como un neoliberalismo de *roll-back* destructivo y desregulador, cuyos objetivos se conocen como el Consenso de Washington: privatización, desregulación, liberalización, recortes en el gasto público y desburocratización. Esto fue acompañado por esfuerzos para imponer un giro moral-espiritual y neoconservador dirigido contra 1968, que se caracterizó por elementos tales como la orientación tradicional de la familia, el nacionalismo cauteloso o las prácticas de vigilancia privatizada y de segregación social. El objetivo no solo era desacreditar a los sindicatos, sino también debilitarlos o incluso destruirlos organizativamente, y restaurar la “governabilidad” del Estado, que según la Comisión Trilateral había sido menoscabada por el intervencionismo del Estado de Bienestar. En la segunda fase, a la que Peck y Tickell se refieren como *roll-out* o *deep neoliberalism*, se practica un neoliberalismo supuestamente progresista (Clinton, Blair, Schröder), caracterizado por un Estado que recupera la acción reguladora basada en mecanismos de gobierno. Se apoya en una variedad de actores de la sociedad civil y en la activación y “educación” de los individuos. La sociedad civil y la participación se convierten en elementos estratégicos de unas políticas de dominación que no se desvían de sus objetivos, por más que otorguen a minorías que se alejan de la normalidad un espacio que promueve la diferencia, la pluralización y el consumismo, lo que ayuda a prevenir la formación de antagonismos. La pobreza se convierte en un factor de competitividad (“pobre pero sexy”), la precarización de los nuevos creativos es estilizada como una forma atractiva de vida en la ‘global

<sup>7</sup>Cornelia KOPPERSCH, “Rechtspopulismus, Etablierte und Außenseiter. Emotionale Dynamiken sozialer Deklassierung”, en Dirk Jörke y Oliver Nachtwey (eds.), *Das Volk gegen die liberale Demokratie* (Leviathan-Volumen Especial). Baden-Baden: Nomos, 2017, págs. 208-232.

<sup>8</sup>Jamie PECK y Adam Tickell, “Neoliberalizing Space”, *Antipode* 34/3, 2002, págs. 380-404.

*village*'. La orientación hacia la competitividad y la lógica del emplazamiento atractivo sirven de justificación para limitar el gasto público y reducir aún más el Estado de Bienestar, se promueve la globalización (deslocalización, *outsourcing*, *lean-und-just-in-time-production*) y la financiarización, la reproducción se reorienta hacia a un keynesianismo privatizado (consumo basado en la deuda, prestaciones de jubilación privadas, financiación de la educación, adquisición de viviendas), la vida cotidiana y los derechos de los asalariados se ven empeorados drásticamente (sobreexplotación, alquileres elevados, largos desplazamientos). Todo esto va de la mano de técnicas gubernamentales y sociales de contingencia. Los individuos deben asegurar su competitividad a través de su propia iniciativa y alcanzar su empleabilidad monitoreando y manteniendo actualizado el "portafolio" de sus competencias, siendo flexibles para cumplir con las nuevas exigencias, observando, evaluando, probando y optimizando su capacidad de rendimiento y actuando de manera responsable. En conexión con esta libertad, que se articula de manera neoliberal con la ideología de la contingencia, también se implantan formas de vida minoritarias moralmente permisivas y ecológicamente informadas, así como nuevas identidades fluidas y flexibles. A menudo, están estrechamente relacionadas con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y las biotecnologías.

La crisis múltiple, que forma una unidad compleja de muchas dinámicas de crisis autónomas, como los procesos de migración y éxodo, el cambio climático o la crisis de la democracia, se vinculó y agravó en 2007/08 con una crisis financiera y económica importante; ella marca el fracaso de la segunda fase y la transición a una tercera fase del neoliberalismo, pero no su final como tal. La superioridad moral y la persuasión del capitalismo reorganizado de modo neoliberal se ha debilitado significativamente. Incluso los representantes convencidos de la burguesía han sido testigos de una crisis de legitimidad y han tenido dudas fundamentales respecto a la pervivencia del capitalismo<sup>9</sup>. Después de una ola global de protestas, la burguesía se ha reorganizado. Pero a diferencia de lo que se podría haber esperado, no hubo ningún esfuerzo por encontrar una nueva forma de hegemonía, sino un desplazamiento hacia la derecha, en el que juegan un papel importante la coerción, el gobierno por medio de decretos, el debilitamiento del parlamento y de la esfera pública, así como la remodelación del Estado de Derecho, tanto a nivel legislativo como judicial (ataques contra el derecho de reunión, la libertad de prensa,

<sup>9</sup> Franz SCHIRRMACHER, "Ich beginne zu glauben, dass die Linke recht hat", *Die Presse*, 17.8.2011. URL: <https://diepresse.com/home/meinung/gastkommencar/>, consultado: 8.1.2018.

de expresión y de investigación científica, la extensión de la vigilancia, el incumplimiento de las decisiones judiciales por parte de la policía o la administración, el recorte de recursos financieros y humanos y los ataques al poder judicial), así como la renovación y expansión de las fuerzas policiales. Junto a eso, también se refuerza la esfera pública con una orientación nacional-conservadora, racista y fascista y la movilización de la violencia fascista en la sociedad civil (mafias callejeras, pandillas violentas, grupos paramilitares y parapoliciales). Con el populismo autoritario, se establece una nueva correlación dentro del propio bloque de poder y en relación con los subalternos, que puede entenderse como un liderazgo autoritario-plebiscitario sin concesiones. La insatisfacción y la decepción de los subalternos, que tuvieron su origen en la política desarrollada por los gobernantes en la segunda fase, son utilizadas y alimentadas precisamente por ellos mismos. Por medio de pánicos morales y focalizaciones mediáticas se instiga a los subalternos a traducir esos sentimientos cada vez más divorciados del pensamiento y la comprensión en resentimientos, prácticas racistas, frialdad y desolidarización –y se les recompensa por ello con una atención y una preocupación desde arriba: “hemos entendido”, “tomaremos en serio las preocupaciones de la gente”. Las fuerzas del bloque de poder se apoyan en los subalternos como instrumento para hacer prevalecer sus propias posiciones en el bloque de poder. La clase burguesa ya no deja el gobierno a un personal político a sueldo, proveniente de los partidos burgueses, sino que se vuelve políticamente activa (Blocher, Berlusconi, Trump), ya sea a través del aumento del lobbismo y las actividades directas en los ministerios y administraciones o a través de su propia actividad política organizada en la formación o reorganización de partidos, en parlamentos o gobiernos. La razón de esto es que, con las técnicas de gobierno de la gobernanza y la participación practicadas en la segunda fase, los líderes políticos todavía están demasiado orientados hacia una acción racional que busca el compromiso (dentro del bloque de poder y con los subalternos), encuadran numerosas fuerzas burguesas y carecen de la determinación y la capacidad para tomar decisiones duras. A menudo, los políticos también pueden ser corrompidos por ciertas fuerzas burguesas y dar a sus políticas un sesgo clientelista. Con el liderazgo directo de representantes de la burguesía o de representantes directamente vinculados a ella (Macron y Kurz, que practican el método populista de crear el partido y formar la voluntad política desde arriba), prácticamente se privatizan los aparatos estatales; estos deben ser dirigidos tendencialmente como empresas –o de manera casi empresarial–, lo que también implica que la corrupción

puede convertirse en cleptocracia. Crecen la falta de planificación, la imprevisibilidad, el narcisismo, el despotismo, la negativa al razonamiento y la irracionalidad del personal dirigente, que se muestra abrumado, confundido, histérico y preso del pánico, lo que genera miedo, conformismo, desconfianza, desorientación, estrés, desconocimiento e irracionalidad entre la población. El modo de gobernar consiste en un proceso de toma de decisiones acelerado y no transparente, sin la formación de una costosa y obstaculizadora voluntad política democrática ni un asesoramiento científicamente informado y controvertible. El Estado y especialmente la cúspide del poder ejecutivo adquieren cada vez más fuerza, se crean y conectan nuevos aparatos policiales y se refuerzan el ejército (incluidas las divisiones cibernéticas) y la industria militar. Se ensaya con Estados y ciudades “Off-Shore”, donde han sido completamente privatizados servicios que anteriormente eran públicos. Se restringe, socava o cuestiona la regulación del mercado financiero, se continúa con la política de austeridad y competencia tributaria, se reducen aún más los impuestos a las empresas y a los más ricos y se tolera la deuda pública, se debilitan deliberadamente las responsabilidades del Estado, dejan de ser esenciales los estándares ambientales y sociales, el seguro de desempleo y el sistema de pensiones o sanitario se ven amenazados por nuevos recortes o por su abolición a favor de la provisión privada, continúa aumentando la presión sobre los asalariados a través del empleo precario, las reformas del mercado laboral y las políticas de empleo en las empresas, algo que en muchos casos supera el límite de lo soportable con graves consecuencias, como el abuso de drogas o la enfermedad. Los asalariados ilegalizados se enfrentan a múltiples formas de sobreexplotación y racismo. Los ideólogos conservadores, religioso-fundamentalistas, proteccionistas de la vida y creacionistas se convierten en parte del espacio político oficial. El sexismo, el racismo, la tortura, las prácticas genocidas, las prácticas ilegales de la policía no solo son maquilladas, sino que reciben cobertura o son pregonadas oficialmente. A la crítica se le quita valor al presentarla como corrección política moralizante. La derecha nacionalista y étnica (incluida su violencia) cuenta con la comprensión oficial o incluso con apoyo. A la izquierda, con sus proyectos y movimientos, se le combate por medio de la represión, se le hace retroceder con los medios sigilosos de la economía y se le empuja a la disolución, se le margina o se le desacredita con la acusación de totalitarismo o extremismo. La ciencia y la formación de la opinión pública son atacadas y devaluadas. La política de la ‘post-verdad’, de las ‘fakenews’ o de

los ‘hechos alternativos’ socava las pretensiones de objetividad<sup>10</sup>; contradecir los hechos, la objetividad y la verdad pierde su significado como un argumento, todo se considera opinión aceptable. De esta manera, se vuelve imposible hacer valer criterios mediante los cuales se pueda juzgar la acción del gobierno. La irracionalidad, las mentiras, la ignorancia objetiva, el sexismo, la simbólica violenta se practican desde puestos políticos del más alto rango. Se presenta la violencia estatal, el genocidio, la tortura, la guerra como prácticas aceptables. El racismo, es decir, la identificación sistemática de los individuos con una supuesta identidad colectiva biológicamente determinada y su desvalorización se convierten en una política abiertamente expresable y practicada.

### 3 EL POPULISMO Y LA DEMOCRACIA

El populismo autoritario en esta etapa representa un esfuerzo por construir una alianza desde arriba con grupos pequeñoburgueses y de clase trabajadora sin que la burguesía tenga que hacer concesiones. Funciona como una especie de cortocircuito entre las fuerzas de la burguesía y los subalternos, porque ya no hay compromisos ni negociaciones. Esto no conduce a un rechazo de la democracia, sino a una transformación reaccionaria de la comprensión de la democracia. La democracia se convierte en el campo principal de confrontación. Siguiendo la distinción de Stuart Hall, se puede decir que la democracia popular y el populismo establecen diferentes líneas divisorias. El primero construye un antagonismo entre el pueblo y el bloque de poder, explotados y explotadores, pobres y ricos, paz y guerra, sostenibilidad y destrucción, diferencia y normalismo. En este caso, se producen procesos progresistas de formación de la opinión y la voluntad y una cosmovisión compartida a un nivel elevado y racional de conocimiento. El populismo autoritario, por otro lado, es una estrategia plebiscitaria que separa y moviliza a lo largo de líneas racistas, nacionalistas, religiosas, sexistas o antiecológicas, reproduciendo el extrañamente distorsionado sentido común y neurotizando a los sujetos.

Desde el punto de vista del contenido, el concepto de populismo se considera un concepto impreciso<sup>11</sup> y la ideología política designada con él como una ideo-

<sup>10</sup> Silke van DYK, “Krise der Faktizität? Über Wahrheit und Lüge in der Politik und die Aufgabe der Kritik”, *PROKLA* 47/3, 2017, págs. 347-367.

<sup>11</sup> Helmut DUBIEL, “Das Gespenst des Populismus”, en Id. (ed.), *Populismus und Aufklärung*. Frankfurt/M.: Suhrkamp, 1986.

logía poco elaborada<sup>12</sup>. Por lo tanto, se recomienda asimismo no convertir por medio de este concepto en una unidad los desarrollos recientes y heterogéneos, ya que el concepto de populismo a menudo se usa negativamente y como un término político de combate de carácter peyorativo, que siempre atañe a movimientos y partidos de oposición “que representan intereses no dominantes”<sup>13</sup>. Sin embargo, la acusación de populismo no produciría ese efecto, debido a que aquellos contra quienes es lanzada podrían considerarla “un galardón”<sup>14</sup>. Pero todavía más, se considera que el populismo está estrechamente vinculado a la democracia moderna. Esta designa una forma de gobierno cuya base es el pueblo soberano; el populismo, a su vez, invoca al pueblo y a la voluntad general que él encarna. Desde este punto de vista, según Korsch y Wölk, el populismo no es adecuado para caracterizar una fase particular del debate sobre la democracia, ya que no existe diferencia entre el populismo y el idealismo democrático hegemónico. En la medida en que no habría diferencia en el contenido, el populismo sería, en última instancia, solo una cuestión de estilo y retórica.

En contraposición con esto, me parece convincente el rechazo de Priester<sup>15</sup> de la idea de que el populismo es esencialmente un estilo político o una retórica (esto es, rudo, bravucón, simplificador y emocional). Ningún concepto puede sustraerse a los conflictos sociales. Más bien estos están conectados internamente con las fuerzas y tendencias sociales y, por lo tanto, adquieren objetividad a través de ellas y no por una supuesta distancia y neutralidad. En el caso de la democracia, de lo que se trata precisamente es de una comprensión de las disputas específicas en torno al concepto de democracia. Los populistas autoritarios persiguen el objetivo estratégico de desacreditar a la democracia liberal demostrando su inconsistencia: debería estar vigente la libertad de expresión, pero se limita la libertad de expresión de quienes representan los intereses del pueblo alemán por medio de posiciones conservadoras nacionalistas de derechas; debería estar vigente la libertad religiosa, pero el Estado demuestra ser incapaz de proteger su propia tradición cristiana frente a la islamización. Por lo tanto, me parece que se trivializa la cuestión cuando se espera una normalización en el “tanque de enfriamiento” de la actividad

<sup>12</sup>Karin PRIESTER, *Populismus. Historische und aktuelle Erscheinungsformen*. Frankfurt/M-New York: Campus Verlag, 2007.

<sup>13</sup>Felix KORSCH y Volkmar WÖLK, *Nationalkonservativ und marktradikal. Eine politische Einordnung der “Alternative für Deutschland”*, Berlin: Rosa-Luxemburg-Stiftung (Analysen Nr. 13,2. Auf.), 2014, pág. 11.

<sup>14</sup>Jan-Werner MÜLLER, *Was ist Populismus? Ein Essay*. Berlin: Suhrkamp, 2016, pág. 12.

<sup>15</sup>Karin PRIESTER, *Populismus*, op. cit., págs. 10, 12 y ss.

parlamentaria, ya que esto ignora el hecho de que con esto el espectro de temas políticos, actores y formas de acción se desplaza hacia la derecha y se normaliza la referencia al fascismo (“revolución conservadora”).

El populismo se ha convertido en objeto de un amplio esfuerzo científico. Una interpretación muy extendida, que tiende a valorarlo negativamente, lo distingue del pluralismo y la democracia. Jan-Werner Müllervertritt defiende decididamente la tesis de que el populismo en sí mismo no solo no sería democrático, sino que siempre es antidemocrático<sup>16</sup>. Aunque esta afirmación simplemente ignora la cuestión de la disputa en torno a la democracia, las tres características que conforman el populismo para Müller son útiles para una mejor comprensión. Una primera característica del populismo es la construcción de la oposición entre arriba y abajo, una actitud antielitista dirigida contra el *establishment*, contra la clase política, contra los medios de comunicación. Todos supuestamente violan o traicionan la voluntad y los intereses del pueblo. En su programa axiomático de mayo de 2016, la AfD perfila una especie de teoría del poder basada en la término de “clase política” anclado en la tradición fascista<sup>17</sup>. Según este término, la soberanía popular, que es la base del Estado, sería una ficción en Alemania: “El soberano oculto es un pequeño y poderoso grupo de dirigentes políticos de los partidos. Él es el responsable de las aberraciones de las últimas décadas. Se ha formado una clase política de políticos profesionales, cuyo interés principal es su poder, su estatus y su bienestar material. Se trata de un cartel político que tiene en su mano la palanca de mando del poder estatal que no se ha transferido a la UE, toda la educación política y gran parte del suministro de información política a la población”<sup>18</sup>. Los populistas se quejan de que sus opiniones son silenciadas por los medios de comunicación en una “espiral de silencio” o que se impone con la maza de la corrección política una cesura sobre muchos temas. Esto les permite simular el gesto heroico de romper tabúes, con el que quieren hacer creer que tienen el “coraje de decir la verdad” y abordar los problemas actuales, que los políticos ocultan. De esa manera, pueden escenificar una lucha de liberación permanente, incluso si han pertenecido al *establishment* político durante años, son dueños de medios de comunicación relevantes, los temas que activan y sus opiniones dominan las noticias y los programas de entrevistas y hay periodistas que promueven casi directamente la formación de

<sup>16</sup> Jan-Werner MÜLLER, *Was ist Populismus?* Op. cit., pág. 18.

<sup>17</sup> Alex DEMIROVIC, *Demokratie und Herrschaft. Aspekte kritischer Gesellschaftstheorie*. Münster: Westfälisches Dampfboot, 1997, pág. 131 y ss.

<sup>18</sup> AfD *Grundsatzprogramm 2016, Programm für Deutschland*, pág. 8. URL: [www.afd.de](http://www.afd.de).

partidos populistas-autoritarios<sup>19</sup>. El hecho de que es posible participar exitosamente en el gobierno durante muchos años y al mismo tiempo ser visto como marginado o incluso perseguido por la izquierda y los medios de comunicación está documentado en relación con el Partido Popular Suizo (SVP); también el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) ha aplicado con éxito ese truco.

Segundo, el populismo defiende una concepción anti-pluralista de los procesos democráticos: otras opiniones son vistas como desviaciones de la verdadera voluntad del pueblo. Los populistas afirman conocer al verdadero pueblo y estar conectados con él, tomar en serio sus preocupaciones y temores, esto es, conocer, encarnar y expresar con valentía la voluntad del pueblo de manera directa e inmediata. Por lo tanto, se trata de una la identidad de los oradores con aquellos en cuyo nombre hablan. Müller habla de los populistas como representantes. También son eso, porque son elegidos. Pero son más que simples representantes elegidos (según su propia imagen de sí mismos). Quieren actuar como catalizadores y decir directamente lo que el pueblo piensa y siente<sup>20</sup>. Eso es lo que expresa la frase de Trump: “*I am your voice*”. Pero hacen algo más en un acto mágico: crean identidad y la posibilidad de reconocimiento. Esto sucede, cuando es posible, a través de la movilización permanente. Una forma de hacerlo es la democracia directa, que los populistas autoritarios no ven como una forma constitucional de decidir las propuestas legislativas, sino que mistifican como expresión directa de la voluntad del pueblo. Este pueblo es el pueblo interpretado en clave nacional y étnica, para el cual se expresa la pretensión de que debe ser capaz de dar forma “a este país mismo”<sup>21</sup>. A pesar de esto, los populistas se posicionan como intelectuales tradicionales de un bloque autoritario: “Por supuesto, la gente no puede gobernarse a sí misma, necesita representantes, ¿pero han de constituirse también en una clase?”<sup>22</sup>. Los populistas están siguiendo una estrategia de subordinación antidemocrática de la multitud a caudillos demagógicos: se impiden las discusiones horizontales y socialmente inclusivas y la formación abierta de una voluntad política. Sus prácticas incluyen la vinculación de grupos sociales e individuos con el tradicionalismo y con un distorsionado sentido común. Esto se ve corroborado por la unidad incoherente de los

<sup>19</sup> Bernd GÄBLER, *AfD und Medien. Analyse und Handreichungen*, Arbeitsheft 92, Frankfurt/M: Otto-Brenner-Stiftung, 2017.

<sup>20</sup> Cf. Karin PRIESTER, *Populismus*, op. cit., págs. 32.

<sup>21</sup> Frauke Petry, citado en Alexander HÄUSLER, “Die AfD als rechtspopulistischer Profiteur der Flüchtlingsdebatte”, en Oliver Decker, Johannes Kiess y Elmar Brähler (eds.), *Die enthemmte Mitte*, op. cit., pág. 170.

<sup>22</sup> Konrad Adam, citado en Alexander HÄUSLER, op. cit., pág. 171.

discursos del populismo autoritario, que de lo contrario no podría funcionar. El populismo bloquea el acceso a la educación política y al conocimiento y la racionalidad científicos: cuando se habla de los méritos del ejército alemán y de querer recuperar la “Alemania de nuestros padres y madres” no se tematizan las condiciones que conducen a la guerra, al genocidio, la tortura y la persecución. Se afirma que una hegemonía de la izquierda crea censuras y tabúes, por tanto, que no se trata de una capacidad ilustrada de juicio. De esta manera no solo se difunden rumores sobre la izquierda y se le coloca en un contexto de conspiración contra la comunidad nacional, sino que también se relativiza o se destruye el conocimiento, la crítica y los criterios que conducirían al rechazo de los autoritarios. Establecen el ámbito de lo que se puede decir (“ya es hora de se pueda decir...”; el rechazo de la supuesta corrección política) y se puede hacer (discurso de odio, manifestaciones, actos de violencia). Se suceden las provocaciones estratégicamente concebidas, las relativizaciones que siguen a continuación y las disculpas (a destinatarios en absoluto afectados), lo que cambia los hábitos de percepción social, las plausibilidades y los criterios de relevancia. Así pues, no son un medio pasivo a través del cual habla el pueblo; organizan una tendencia social siendo activos e invirtiendo tiempo, movilizándolo dinero y apoyo en la sociedad civil y en la economía e intentando influir en la opinión pública a través de los medios de comunicación, la publicidad y los mítines<sup>23</sup>. Con todo, rechazan ser solo una corriente social entre otras y niegan su actividad política convirtiéndola en una lucha por la libertad y estilizándose a sí mismos, los perseguidores, como perseguidos. A la vista de esta constelación, los actores de izquierdas y críticos se encuentran en una situación difícil y aparentemente contradictoria, porque necesariamente cuestionan el sentido común y el modo de vida normalizado y defienden su desarrollo ulterior hacia un estadio histórico más elevado. Esto puede considerarse elitista; ideas conquistadas pueden desacreditarse como corrección política moralizante y tabuización represiva. Las reglas de la racionalidad son anuladas, la lucha por la verdad y la objetividad se ve socavada, afirmando una verdad autoritaria y apodíctica o reduciendo todo a opiniones y los individuos a emociones (“inquietud”, “miedos”, “inseguridad”, “odio” y “rabia”), que los populistas autoritarios pretenden entender, tomar en serio y articular, mientras ayudan en realidad a crearlos y reproducirlos como un estado de ánimo hablando constantemente de ellos, para establecer así una relación paternalista de subordinación hermenéutica.

<sup>23</sup> Ernesto LACLAU, *On Populist Reason*. London-New York: Verso, 2005, 75s.

La tercera característica: si tienen éxito en el cortocircuito entre arriba y abajo, entre los líderes populistas y el pueblo, entonces es cuando se constituye a través el pueblo invocado por los portavoces populistas un “nosotros” unificado con una pertenencia inequívoca. Este “nosotros” se diferencia de otros desde el punto de vista nacional, cultural, religioso, masculino, político y racial. Sin embargo, esto no quiere decir que la contraposición vertical entre arriba y abajo sea reemplazada por una contraposición entre los de dentro y los de fuera, sino que ambas, es decir, la experiencia de explotación y de la falta de democracia, por un lado, y la inmigración, por otro, se articulan como crítica del poder<sup>24</sup>, acusando a la clase política de traicionar a su propia población. La lucha contra los refugiados, los solicitantes de asilo, los musulmanes, los romaníes o las nacionalidades singularizadas se puede reinterpretar como una lucha contra el poder.

En sus reflexiones, Müller ignora el hecho de que el populismo autoritario, a diferencia del extremismo de derecha, no se opone a la democracia, sino que se la apropia y argumenta en nombre de la verdadera democracia<sup>25</sup>. La definición de Müller plantea, pues, tres problemas. Primero, da por supuesta la existencia de una pluralidad y una diversidad del pueblo, pero no se enfrenta a la dificultad del concepto de soberanía popular, que, de hecho, presupone la unidad de una voluntad que da soporte a la constitución incluye a los diferentes intereses. El populismo juega a un doble juego: en el plano de las decisiones políticas pluralistas, pero al mismo tiempo en el plano del pueblo que da fundamento a la Constitución. A partir de esto se plantea la segunda cuestión relativa a quiénes son aquellos que se asocian pre-políticamente y deciden darse una constitución política. Este problema básico de la democracia representativa no se puede resolver y, por lo tanto, puede ser explotado por populistas autoritarios. Prometen resolverlo señalando a un pueblo pre-político y sugiriendo que podrían establecer una voluntad unificada. Es precisamente esta voluntad, que subyace a la Constitución, la que, según el reproche, es falsificada por quienes controlan las instituciones constitucionales y luego vuelven sus intereses particularistas contra los intereses del pueblo. El hecho de que el personal político no forme una “clase política” separada, sino que sea la expresión y el elemento organizativo de los diversos campos políticos y sociales opuestos, no es, por lo tanto, tematizado. Tercero, los populistas adoptan otro significado del

<sup>24</sup> Klaus DÖRRE, “Demokratische Klassenpolitik – eine Antwort auf den Rechtspopulismus”, en Christoph Butterwegge, Gudrun Hentges y Bettina Lösch (eds.), *Auf dem Weg in eine andere Republik? Neoliberalismus, Standardnationalismus und Rechtspopulismus*. Weinheim (LE.): Beltz Juventa, 2018.

<sup>25</sup> Cf. Ibid.

pueblo, referido al hecho de que los subalternos están dominados. En este caso, se trata de una disputa sobre el orden político en el que el pueblo no está representado. Sin embargo, en la democracia, necesariamente hay una disputa en torno al ‘pueblo’: es decir, quién pertenece a él y con qué derechos; en estos conflictos se constituye el “pueblo”<sup>26</sup>. Al invocar el concepto de pueblo en su disputa con los poderosos, los insignificantes hacen valer una participación que les fue negada en el orden de cosas existente. De hecho, el populismo trabaja para hacer valer la voz del pueblo y, de esa manera, cambiar el orden político. Por lo tanto, el populismo autoritario está lógicamente implícito en el concepto básico de democracia, a saber, en el de la soberanía del pueblo. Esto también se aplica a la democracia popular. Contrariamente a los enfoques de teoría de los extremismos, debe decirse que ambas tendencias emergen de la normalidad, el orden o el “centro” social, pero quieren dirigir el desarrollo social en diferentes direcciones, hacia delante por la izquierda o hacia atrás por la derecha, es decir, orientadas a hacia la solución o hacia el statu quo. Una de las preguntas cruciales es cómo se llega a este cortocircuito autoritario-populista, por qué puede funcionar. Surge la pregunta, de por qué el populismo autoritario no resuelve ningún problema, sino que solo crea otros nuevos, por qué está ligado con mentiras, afirmaciones falsas e irracionalidades, con violencia simbólica y real.

#### 4 LA LUCHA POR LOS SUBALTERNOS

Las actitudes de derechas, las posiciones intelectuales y las prácticas elaboradas en correspondencia con ellas, se reproducen constantemente en la sociedad burguesa. El nacionalismo, el autoritarismo, el populismo, el racismo, el antisemitismo o el sexismo forman parte del repertorio. Encontramos una variedad de prácticas y formas de organización para orientaciones de derechas que forman parte integral de la vida del Estado. Esto incluye grupos concretos en el aparato policial, militar o judicial, en la administración o los parlamentos. En el plano de la sociedad civil implica partidos, personas activas de los movimientos, asociaciones, editoriales, libros y revistas, intelectuales y sus reuniones, centros intelectuales (con una pretensión casi académica o un carácter religioso), grupos de música, clubes deportivos, empresas que ofrecen productos inductores de identidad (objetos militares,

---

<sup>26</sup> Cf. Jacques RANCIÈRE, *Das Unvernehmen. Politik und Philosophie*. Frankfurt/M.: Suhrkamp, 2002 y Ernesto LACLAU, op. cit.

ropa) o publicidad, márketing y asesoría política, grupos de movimientos (como Movimiento Indentitario o Casa Pound), hooligans y grupos que practican la violencia y aquellos que, como la Clandestinidad Nacionalsocialista (NSU), operan de forma clandestina, integrados en una amplia red de partidarios. Todo esto existe continuamente en una forma que cambia permanentemente. En las últimas décadas, se puede decir que, para la República Federal, los líderes de la derecha no han logrado unificar por medio de sus actividades todos estos elementos. En la medida en que seguían existiendo ambiciones de liderazgo alemán, la derrota y la división de Alemania habían demostrado a las fuerzas a las que correspondían esas ambiciones que no se podían perseguir con una política racista-militar expansiva. Pero no solo los obstáculos externos eran demasiado grandes. Incluso en la propia Alemania se produjo una creciente confrontación con las tradiciones autoritarias y una crítica también de aquella segunda opinión no pública, que hizo circular ideologemas de derechas bajo la superficie de las reglas oficiales de comunicación pública y que compartió una especie de consenso silencioso en los círculos burgueses. Los grupos y partidos de derechas que actuaban abiertamente, así como el consenso silencioso que a veces emergía por error involuntario pudieron ser reprimidos con éxito y aislados socialmente por una variedad de actividades estatales y de la sociedad civil (aunque algunas de ellas a menudo expuestas al descrédito: ‘extremismo de izquierdas’, Unión de los Perseguidos del Régimen Nazi (VVN), antifa).

La derecha también era débil porque algunas de sus fracciones pudieron ser absorbidas por los partidos establecidos, otras fracciones fueron sancionadas o no pudieron cruzar el umbral de la política oficial porque se consideraban demasiado radicales. Esto tuvo efectos retroactivos sobre la derecha en forma de divisiones. Con el populismo autoritario la cosa ha cambiado. Si bien el populismo había sido durante mucho tiempo un elemento subordinado del síndrome de la derecha, aquí se ha producido un cambio. Los elementos populistas resultan adecuados para rearticular los otros elementos de la ideología de la derecha. Forman un medio que permite modernizar las diferentes corrientes y elementos organizativos de la derecha<sup>27</sup>. No es un proceso teleológico, de manera contingente y mediados por un proceso de búsqueda política en el que el éxito electoral y la atención pública poseen un efecto catalítico, se combinan en una unidad que se refuerza a sí mis-

<sup>27</sup> Gilles IVALDI, “Europa in der Konfrontation mit populistischen rechtsradikalen Parteien”, en Gudrun Hentges, Kristina Nottbohm y Hans-Wolfgang Platzer (eds.), *Europäische Identität in der Krise? Europäische Identitätsforschung und Rechtspopulismusforschung im Dialog*. Wiesbaden: Springer VS, 2017, 121-147.

ma<sup>28</sup>. Las posiciones de derechas se vuelven aceptables en este contexto. No se renuncia a los objetivos de la revolución nacional y étnica, el antisemitismo y el racismo también son elementos de la formación. A pesar de todos los distanciamientos y todas las advertencias, en nombre de la libertad de expresión se conservan como elementos del espectro de opiniones del populismo autoritario. Como en un cristal giratorio, esa consideración pasa a primer plano y llega a los suplementos culturales de los periódicos burgueses bajo la forma de lucha contra la corrección política, defensa de la masculinidad o del arte. El populismo autoritario permite cruzar el umbral de la legalidad y la política oficial y congrega las diversas actividades de los nacionalistas conservadores y la derecha nazi-fascista. Esto es nuevo, muestra cuán flexible es la derecha y, por contraste, la hace parecer más fuerte de lo que es. De hecho, hay indicios de que la proporción de los que tienen una cosmovisión de extrema derecha cerrada ha caído del 9.7 por ciento en 2002 al 5.4 por ciento en 2016<sup>29</sup>. Pero esto deja claro una vez más que las actitudes en la población son solo un elemento, y más bien pasivo, del proceso social. Lo que más importa es lo que hacen los que tienen el poder. Los actores en el bloque de poder aumentan su libertad de acción si se apoyan en la predisposición autoritaria-populista al seguimiento en la población y, al mismo tiempo, puede restringir con ello el campo de movimiento de las fuerzas democráticas populares que no pueden remitirse a las tendencias emancipatorias y solidarias entre los subalternos como si fueran evidentes.

Entonces, ¿por qué tiene éxito el cortocircuito autoritario-populista? ¿Por qué los subalternos se reconocen a sí mismos, por muy brevemente que sea, en esta apelación y se dejan subjetivar de una manera que los alinea con la autoridad, los somete a una comunidad imaginaria étnico-nacional en la que se subordinan a los ricos y los individualiza y enfrenta emocionalmente? La única y decisiva respuesta es que se ha producido en la clase dominante una escisión nacional-conservadora hacia la derecha, que participa del poder y puede usar sus amplios recursos para influir en la agenda y la formación de la voluntad política burguesa. Establece una alianza y una cooperación con los grupos radicales de derecha de la pequeña burguesía y con la clase trabajadora. Al mismo tiempo, se están realizando esfuerzos para agrandar la crisis de representación e influir en el comportamiento volátil

<sup>28</sup> Volker WEIß, *Die autoritäre Revolte. Die Neue Rechte und der Untergang des Abendlandes*. Stuttgart: Klett-Cotta, 2017.

<sup>29</sup> Oliver DECKER, Johannes KIESS y Elmar BRÄHLER (eds.), *Die enthemmte Mitte*, op. cit., pág. 48.

de los votantes, prometiéndoles radicalismo, capacidad de agencia y soluciones que en buena medida no plantean riesgo, porque no afectan a los desafíos del desarrollo social o lo hacen mínimamente y a costa de los débiles y de las minorías. Los subalternos aceptan estas ofertas porque de esta manera pueden hacerse escuchar, pueden expresar una crítica radical sin realmente entrar en un conflicto antagónico con los gobernantes. Su revuelta es autoritaria y conformista, no ataca a la clase burguesa, sino a sus empleados. No consiguen concesiones. En el mejor de los casos, pueden esperar imponer un desclasamiento de los trabajadores migrantes, una situación en la que estén subordinados a ellos. Pero a través de estas prácticas de desolidarización racista, están contribuyendo a la misma competitividad en el mercado laboral que creen que pueden evitar con sus protestas.

*Traducción del alemán de José A. Zamora*